

Aurora no derramó una sola lágrima á la memoria del hombre que habia sido su marido.

Jamás le habia amado: porque la obcecacion que la obligó á huir de la casa materna, no era amor, sino solo deseo de la libertad.

—La felicito á Vd., amiga mia, le dijo Matilde, con aquel profundo cinismo que estaba encubierto con el manto de flores de la cultura y del talento: está Vd. libre de un esposo, que deshonoraba el buen nombre que heredó de sus padres: no use Vd. su apellido, y vuélvase á llamar Aurora Megía, que son, por cierto, un nombre y un apellido encantadores.

Aurora siguió el consejo de su amiga.

Matilde tenia ya sobre ella un ascendiente irresistible: la imitaba en todo: vestía como ella, andaba como ella, hablaba como ella, y copiaba sus maneras con gran cuidado.

Juntas asistian á los teatros, en los que Ma-

tilde tenia abono: y la noche que aquella dedicaba á recibir en su lindo saloncito, Aurora era el adorno más precioso, despues de Matilde, de la reunion; todos los hombres más elegantes de Madrid asistian alli: habia tambien algunas mujeres encantadoras: se conversaba, se jugaba, se tomaba té, y se pasaba hasta la una de la madrugada de la manera más agradable.

Matilde se presentaba adornada de magníficos brillantes. Auora quiso tenerlos tambien, y compró en diez y seis mil duros un aderezo al mejor joyero de Madrid.

Aquel gasto abrió en su fortuna una brecha enorme, pues la fortuna de Aurora no era muy crecida, á causa de los continuos descuidos de su madre, y de los continuos robos de los criados.

El saqueo doméstico constante y ruinoso seguía en casa de la jóven viuda: para poderse entregar mejor al gran mundo, había confiado completamente la direccion de la casa á Joaquina y á su marido, que hacian su negocio á las mil maravillas.

—¡Mujer, tanto robar es demasiado! decía un dia Gregorio á su esposa: ¡mira que la señorita lo va á conocer!

—¡Conocer! estás fresco: si le tiene la cabeza vuelta al revés la vecina! ¡anda, que bien jóven es y bien bonita, y hallará quien le dé lo que nosotros le quitamos!

Sin embargo, no era así.

Aurora, si bien amante del lujo y de la ostentacion, era honrada, y debía serlo siempre, por dos razones: la primera, porque las semillas de honor y de religion que le habian trasmitido en su infancia vivian aún en su alma. La segunda, porque criada en la abundancia y la riqueza, era imposible que pudiera venderse.

Aunque marchitas todas las ilusiones de su edad con el contacto de su fatal amiga, conservaba aún aquellas que nacen de la honradez de los instintos: creia á Matilde una viuda jóven y rica, que no quería volver á casarse: y es seguro, que si hubiera sospechado algo de lo que encerraba la vida privada de aquella mujer, se hubiera separado de ella.

Amaba, es cierto, el lujo de Matilde, su natural y exquisita elegancia, su trato encantador: y aquella mujer, con su talento y sus maneras insinuantes, se había hecho dueña por completo del corazon de Aurora.

La desgraciada jóven corría, sin saberlo, á

su perdición: viéndola siempre al lado de Matilde y en su propio carruaje, todos la creían igual á ella, y algunas veces, los hombres se miraban y se decían señalándola:

—¡Qué lástima!

La pobre Aurora, sin mundo—pues no conocía más que la casa de su vecina—no sabía el mal que la hacía aquella amistad funesta, y tenía perdida su reputación sin apercibirse de ello.

Es muy verdadero aquel refran que dice que *ningun malo quiere ser solo*: Matilde, que sabía lo que de ella se pensaba y se decía, quería envolver á su amiga en su ruina, por ese espíritu de dolorosa envidia y de venganza que el vicio emplea siempre contra la virtud.

La imagen del Marqués vivía en el corazón de Aurora: era aquel su primero y verdadero amor, y el único, que su alma, algo endurecida, pero en el fondo honrada, debía sentir.

En vano al ver tantos hombres distinguidos por su cuna y por su talento en casa de Matilde, esperó ver al Marqués: éste nunca llegaba.

Preguntó á su amiga si le conocía, y respondió:

—De vista: pero no le trato: no obstante, si

Vd. tiene interés en ello, es muy fácil que me lo presenten aquí ó en el teatro: algunos amigos suyos lo son míos tambien.

—¡Ah! ¡qué dicha! exclamó Aurora.

Estas palabras y la expresión de alegría que vistió las facciones de la jóven, fueron para su astuta amiga una revelación.

Desde aquel día puso todos los medios posibles para que el Marqués fuese á su casa, y lo consiguió.

El Conde D..., uno de los mejores amigos de Matilde, tomó sobre sí esta difícil empresa: y digo difícil, porque el Marqués era poco aficionado á esta clase de relaciones, y porque la enfermedad de Camila le retenía en casa.

No obstante, el ataque de la jóven cedió algun tanto, porque sin duda Dios no había señalado aún el término de su vida, y Fernando, deseando librarse de las importunidades del Conde, consintió una noche en acompañarle.

Halló en el salón de Matilde á German y á su hermana: y si bien la presencia del primero no le extrañó, no sucedió lo mismo respecto á la de Aurora, á la que compadeció profundamente.

Aurora pudo al fin acercarse al lado del Marqués, y hablar con él: pero solo de cosas generales.

No obstante, el alma entera de la jóven brillaba en sus miradas: amaba con delirio, con entusiasmo; pero Fernando, que lo conoció, se volvió aún más frío y más reservado de lo que antes lo habia sido.

Por costumbre, y por inclinacion, respetaba profundamente á la mujer, en tanto que ésta lo merecía: y cuando no, la compadecía, y no contribuía á su caída.

No amaba á nadie, y sin embargo, la belleza de Aurora nada decía tampoco á su corazón, lleno solo con el afecto de su familia.

—¿Vendrá Vd. algunas veces? le preguntó Aurora con más candidez que decoro.

—Serán muy pocas, señora, repuso el Marqués: paso las noches acompañando á mi madre y á mi hermana, que está enferma.

—Yo creí que habiendo venido hoy...

—Hoy he venido por complacer á un amigo.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Comprendo, repuso Aurora, procurando dar á su acento una seguridad que se hallaba

muy lejos de su alma; tendrá Vd. además de la de acompañar á su familia, alguna otra dulce ocupacion: algun amor que llene con su encanto esas veladas.

—Se equivoca Vd., repuso gravemente Fernando: no amo á nadie, más que á mi madre, y á mi hermana.

—¿De veras?

—Sí señora; comprendo al amor demasiado grande, demasiado sublime, para no mirar mucho á quién le doy.

—¿No ha pensado Vd. nunca en casarse?

—Nunca, por mí: sin embargo, me casaré, porque así lo dispuso mi padre, dentro de poco tiempo.

—¿Y ama Vd. á su prometida?

—No estoy enamorado de ella: pero, á Dios gracias, la estimo.

—¿Es bonita?

—Muy linda.

—¿Rica?

—Eso lo ignoro, señora, y me importa poco saberlo: la fortuna es lo último para mí.

—Sin embargo, dicen que es la mayor parte de la felicidad.

—Yo no lo creo así: y esto es tan positivo,

que me casaría mejor que con una jóven muy rica, con una muy pobre.

—¡Es singular! dijo Aurora; ¡no todos piensan de ese modo!

—Pues yo creo que es lo más natural. Sin embargo, señora, no quiero negar que soy algo extraño en mis aficiones: por ejemplo, no amaré más que á la mujer con quien me case: y no amaré tampoco á una mujer que haya amado á otro antes que á mí.

—¿Y tiene Vd. esas garantías con la jóven á la cual va á dar su nombre y su libertad?

—Ya he dicho á Vd. que la estimo, y esto basta para que se imagine que sí.

—¿No ha amado á nadie?

—A nadie: es una niña.

En aquel instante se aproximó German á su hermana como para decirle alguna cosa: el Marqués se puso á hablar con un caballero que se hallaba cerca de él.

—¿Sabes, dijo German, que he visto á nuestra prima?

—¿A Isabel?

—Sí, á Isabel, de la que no habíamos vuelto á acordarnos. ¡Y si supieras dónde!

—¿Dónde?

—En casa de la Duquesa de San Mauro.

—¿Y á qué ha ido allí?

—Debe haber ido como de doncella ó señorita de compañía de la nieta de la Duquesa, á cuyo lado permanecerá sin duda hasta que ésta se case con Fernando, lo cual aún tardará.

—¡Ah! ¿la nieta de la Duquesa es la novia de Fernando?

—Justamente: con harto pesar mio.

—¿Por qué?

—Porque sería para mí un partido excelente.

—Escucha, exclamó Aurora con ánsia, y sin reparar en la fatuidad que encerraban las palabras de su hermano: ¿sabes si ella le ama?

—Ella no ama á nadie: es una niña muy mimada, y nada más.

—¿Y es bonita?

—¡Preciosa! y que tiene además dos millones de dote, y uno de los primeros nombres de España.

—¿Y te diste á conocer á Isabel?

—¡Qué disparate! pasé junto á ella como si fuera la persona más extraña para mí.

—¡Dios mio! exclamó Aurora: eso está mal hecho: al fin ella se ha criado á nuestro lado, como si fuera una hermana!

—¿Y eso qué?

—¡Nuestra madre la quería!

—Nuestra madre la despidió de casa, el mismo día que nos marchamos, según me contó la cocinera.

—¡Y tú la amabas!

—¡Sí! en aquel tiempo: pero también amaba á Joaquina, tu doncella: ¡no era poco tonto entonces! ahora ya sé lo que es mundo: ¿te parece que hubiera sido prudente echarla allí de pariente y de amigo de Isabel, y abrazarla sollozando? Viéndola jóven y bonita, podían creer que aquello ocultaba otra cosa: y además, darme á conocer por primo hermano de la doncella de Amelia! ¡buenos auspicios eran!

—Sin embargo, murmuró Aurora: yo quisiera ver á Isabel; ¡no sé qué tinieblas hay en mi alma, que se aclaran ante la luz que destella su dulce recuerdo! yo iré á verla!

—¡Cómo! ¿serás tan necia que quieras ir á casa de la orgullosa Duquesa de San Mauro, como compañera de infancia de Isabel?

—¿Por qué no?

—Ese paso podría ser perjudicial para mí.

—¿Por qué? ¿porque tú no quieras verla, he de privarme yo también de ese placer?

—Aurora, dijo German: te suplico que no vayas por ahora á ver á Isabel.

—No te comprendo.

—Ya me comprenderás.

—¡Ah! exclamó Aurora: ¿tendrías pretensiones acerca de la nieta de la Duquesa?

—Quizá...

—¿Pero no es la prometida del Marqués?

—Sí: pero no importa: ese compromiso es obra del padre de Fernando; pero ni éste ni Amelia desean semejante unión.

—¿De veras?

—Estoy seguro de ello: la pobre niña creo que tiene por mí una pasión decidida.

German dijo estas palabras con una fatuidad inimitable y retorciéndose su hermoso bigote negro.

Aurora sintió su corazón inundado de alegría.

Deshacer aquel enlace era, no solo asegurar la dicha de su hermano, sino la suya también.

Tal vez Fernando podía amarla algún día estando libre: casado, no había ninguna esperanza, porque Aurora no hubiera dado oídos á un hombre unido á otra por los lazos del

matrimonio: fué tal la alegría que sintió, que su hermano mismo, á pesar de la cortedad de sus alcances, hubo de notarla, y le dijo en voz baja:

—¡Disimula!

Después de esta advertencia, se separó de ella, y Aurora esperó en vano que se acercase de nuevo el Marqués: éste, que no sentía ningún interés hácia aquella jóven, se retiró en breve, cansado de la reunion.

Camila, como he dicho, se hallaba algo mejorada del ataque que acababa de sufrir.

Algunos dias después de haberse quedado en cama, se levantó: pero la fiebre no la abandonaba y su buena y cristiana madre, incapaz de dejarse engañar por esta ficticia mejoría, solo esperaba el instante de perderla, y en el fondo de su alma ofrecia á Dios la mitad de su vida, si prolongaba algunos meses más la de su hija.

XI

Amelia, aquella niña mimada y voluntariosa, pero generosa y noble, llegó á apasionarse profundamente de su señorita de compañía.

Isabel, con su gracia, con su carácter dulce y complaciente, se ganó la voluntad de la jóven, que solo veía por sus ojos, y que seguía todos sus consejos.

Además Isabel, con su nuevo traje, aparecía encantadora; tan encantadora, que la anciana Duquesa y su hija la miraron llenas de sorpresa.

Una tarde que Isabel bordaba una gorrita de levantarse para Amelia, le dijo ésta:

—Isabel, ¿la enojaria á Vd. que la llamase de tú?

—¡A mí! todo lo contrario, señorita, repuso la jóven: así creeré que me quiere Vd. más.

—Te quiero con toda el alma, y ya ves que pronto empiezo á tomar la franqueza que me das; pero seguiré usándola con una condicion.